

Carta 40

La Condamine Chatelard, 5 de octubre de 1939

En la vuestra del 29 de septiembre me dices que la ropa que os envié está un poco negruzca. Eso es debido a que en el campo de Argelès la puse a escaldar con ropa de color, la cual destiñó. De ahí viene ese color raro. Así es que no tengas reparo a lo que te envié.

Comparto vuestra decisión de ir a vendimiar. Me alegra que vayan a ganar lo que puedan para ayudarte en los gastos, y puedan comer a su hambre. Dile a Sebastián que, la vendimia terminada, debe volver al taller. Siempre he pensado ser el último agricultor de mi descendencia. El campo tiene poco porvenir y muchas fatigas. La Juana, si va con María bien, pero si es con sus hermanos solos, no me parece adecuado que salga de tu lado a causa de las noches. Tú sabes que los hombres suelen irse de juerga abandonando a las mujeres. Según rumores, crees que en terminar las vendimias quieren disolver el Refugio. No te apures por esto porque los hijos ya pueden ayudarte, o podrán hacerlo si el caso se presenta. No necesitamos más que salud, libertad y trabajo. No sufras por lo demás y dite, como se dice en Aragón:

*Quien tiene pena se muere
Y quien no la tiene también
Tenga pena quien quiera
Que yo no la quiero tener.*

Tu, ánimo, que el tiempo va pasando poniendo un fin a todas las cosas. Dentro de tres meses juntarán las familias. Pues alargaremos un poco más nuestra paciencia. Advertidle Sebastián de mi parte que me alegro tanto como él que vaya a trabajar. Advertidle también que esté al tanto de los muchos consejos que le he dado. Un día reconocerá que siempre pensé en su desarrollo. Le recomiendo que tenga en cuenta todo lo que hemos pasado, porque no tendrá mejor ejemplo para reflexionar sobre lo que puede ser la vida y sobre los hombres.

Querida hija María, quiero comunicarte mi alegría al saber que estás muy contenta de ir a vendimiar. Aprovecho para decirte esta advertencia: Juana debe estar contigo y tú cuidar de ella puesto que es aún demasiado joven. Esta es mi condición. Sino puede ser así, debe quedarse con su madre. Confío en ti porque, siendo una buena hija de éste, tu padre, de esta forma lo harás por el bien de tu hermana y la tranquilidad de todos. Querido hijo Valero. Agradezco tu voluntad y el buen recuerdo que tienes de tu padre en tu pensamiento. Vale que me digas que tienes ganas de trabajar para ayudarnos y que piensas mucho en tu padre, para que yo sea feliz y orgulloso de mis hijos. Pues sigue pensando en él que mejor te aconsejará para ir por buen camino. Querida hija Juana. Lo mismo que a tu hermano Valero: gracias por tu valor y tu buen comportamiento hacia tu madre y tu padre, cual mucho te quiere y por vosotros todos vela. Querido hijo Anastasio. Quedo satisfecho por tu carta a pesar de ver que tu letra no va mejorándose, prueba que no escribes mucho y, por supuesto, que no haces caso de mis consejos.